RODIL, EL CALLAO Y LAS ÚLTIMAS BATALLAS POR LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ. (1824 – 1826)

Christian Rodríguez Aldana [1]

> *"Decidles que sólo saldré de aquí con la condición de que yo y mis hombres marchemos con todos los honores, a tambor batiente y bandera desplegada. Que no entregaré un solo soldado, un solo estandarte, un solo trofeo. ¡Decidles eso! ¡Id!"*
>
> Sebastián Salazar Bondi[2]

RESUMEN

Entre 1824 y 1826, las últimas batallas por la independencia del Perú estuvieron sujetas al desorden, el hambre, la traición y los desastres internos que condicionaron el escenario bélico en los Andes meridionales, generando en sus marchas y contramarchas focos de resistencia a los que podríamos denominar los últimos reductos colonialistas de Sudamérica.

En el Perú, la tensión generada en las filas patriotas por el retiro de San Martín, el fracaso de las dos campañas a los Puertos Intermedios y la llegada de Bolívar, crearon una tensa atmósfera en los soldados argentinos y chilenos, que habían llegado tres años antes con la Expedición Libertadora. Confundidos por la nueva situación política, pronto se consideraron postergados de las prerrogativas que recibían las tropas neogranadinas.

En febrero de 1824, esta situación desencadenó los trágicos sucesos de los castillos del Callao, que ni la Capitulación de Ayacucho pudo contener y a Bolívar le costó mucho sofocar. Este artículo, es la historia de uno de los últimos reductos leales a la causa absolutista de Fernando VII en Sudamérica y de las últimas banderas españolas arrancadas del territorio nacional.

Los hechos

La madrugada del 5 de febrero de 1824, un inesperado suceso modificaría el curso de la guerra y el contexto político-militar proyectado por Bolívar

---

[1] Este artículo es un avance de la Tesis de Licenciatura que el autor prepara para graduarse en la UNMSM.

[2] Salazar Bondy, Sebastián. *Rodil*. Lima, 1952.

desde su llegada a nuestro país. La tropa del regimiento bonaerense *"Río de la Plata"* se sublevó y apresó a los jefes y oficiales que se encontraban con ellos en los castillos del Callao.[3] Aprovechando la oscuridad de la noche, confundieron a la guardia y tomaron como prisionero al general Rudecindo Alvarado, gobernador de la fortaleza y lo confinaron en una de las casamatas, donde se encontraban prisioneros oficiales y soldados realistas.

Los sublevados afrontaban, desde el retiro de San Martín, una difícil situación, que se fue agravando con la llegada de Bolívar y el predominio de las fuerzas colombianas. A fines de 1823 los rioplatense se encontraba con sus haberes atrasados, mal alimentados y desmoralizados, lo que generó una fuerte deserción en sus filas.[4] La situación se tornó tan complicada, que era predecible una insurrección. Dos sargentos, Dámaso Moyano y Francisco Oliva, acaudillaron el amotinamiento de la tropa, que reclamaba la cancelación de sus haberes atrasados.

Inmediatamente, el general Enrique Martínez, jefe de la división platense, los coroneles Cirilo Correa, Juan Gregorio de Las Heras y Félix Olazábal se reunieron en Bellavista con el general Mariano Necochea, jefe militar de la plaza de Lima y decidieron negociar con los insurrectos. Acordaron entregar cien mil pesos para que fueran repartidos entre la tropa. Además, se comprometieron a enviar a Chile a los sargentos Moyano y Oliva. Pero, en la capital, las autoridades políticas desestimaron lo acordado entre los amotinados y los jefes militares. Esta negativa dilató las negociaciones y terminó por agravar el problema.

Conforme el tiempo fue pasando, la situación se volvió insostenible para los insurrectos, quienes con los ánimos exacerbados y entregados a los mayores excesos, apresaron al coronel Olazábal y exigieron el pago de la suma pactada[5]. La difícil situación por la que atravesaba el erario nacional sólo permitió reunir veinte mil pesos. Entonces, el oficial Estanislao Corea, capitán de la compañía a la que pertenecía Moyano, buscó convencerlo para que desistiera de su despropósito y se dirigió a la fortaleza.

---

[3] Según Bartolomé Mitre, la guarnición del Callao estaba compuesta por el Regimiento Río de la Plata, el batallón N° 11 de los Andes, una brigada de artillería de Chile, una compañía colombiana y pocos soldados peruanos. Véase: "Bartolomé Mitre: *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana"*. Editorial TOR, 1950, T.II.

[4] El Estado peruano hasta el mes de diciembre de 1823, le adeudaba a la División de los Andes, la suma de 231.205 pesos con 51 reales. Véase: "Enrique Martínez: *"EXPOSICIÓN DOCUMENTADA QUE EL GENERAL D. ENRIQUE MARTINEZ PRESENTA A SUS CONCIUDADANOS SOBRE LAS CAUSAS DE LA INSURRECCIÓN DE LAS TROPAS DE LOS ANDES EN LAS FORTALEZAS DEL CALLAO EL 4 DE FEBRERO DE 1824."*Chile: Imprenta Nacional.

[5] Ibíd., pp. 30-31.



Heridos de las tropas de Rodil refugiados en las Casamatas del Real Felipe del Callao

Al llegar a los puestos de avanzada notó desazón y desconfianza. Pidió hablar con Moyano, pero éste, con tono altivo lo acusó de traidor y mostrándole una carta firmada por el general Martínez -donde se tramaba apresarlo con engaños- le exigió que se retirara. Sorprendido, Correa devolvió la carta y aseguró que era una acción particular de Martínez, porque el dinero ya estaba reunido.[6] Pero era demasiado tarde. Los platenses terminarían negociando la entrega del Real Felipe, uno de los baluartes más importantes de América del Sur.

Entre los españoles apresados en las casamatas del Callao, se hallaba el coronel José María Casariego, personaje de mucho talento para la intriga, que ya había intentado sublevar a la tropa del Real Felipe, en más de tres oportunidades.[7] El sargento Oliva lo había conocido en Chile y cuando la situación se tornó incontrolable, convenció a Moyano para acercarse a él a pedirle consejos. El jefe realista, rápidamente comprendió que podía sacar partido de la situación que se le presentaba. Sugirió trasladar a los prisioneros realistas al cuartel que se encontraba en la puerta del Socorro y enviar a las casamatas a los oficiales patriotas y tropa que no se sumó a la sublevación. Buscaba aislarlos para prevenir una futura reacción.

Casariego, con mucha habilidad, aprovechó de las vacilaciones de los cabecillas del motín y desde ese instante se convirtió en el autor intelectual del movimiento, al que dio un carácter reaccionario.[8] Convenció al regimiento que recibirían terribles castigos por la traición y expuso, de manera convincente, las recompensas que debían esperar del Rey, si en los castillos se alzaba la bandera de España. Los caudillos se persuadieron que no tenían otra opción. Además, sus ansias de grandeza iban en aumento e insinuaron a la tropa que la traición era el único camino de regreso a Buenos Aires.

Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad, Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel en nombre del Rey y Oliva fue nombrado teniente coronel, mientras que Casariego fue reconocido como jefe de las fortalezas. Promocionó a sargentos y cabos a la condición de oficiales y reorganizó los cuerpos con jefes españoles.[9] Asimismo, informó al general Canterac de su éxito y pidió urgente apoyo al brigadier

---

[6] Véase: Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú Independiente, Segundo periodo (1822-1826)*, en: "El Perú y su Independencia" (Antología), Vol. III, periodo (1823-1826), Bolívar, Lima: 1974, p. 192.

[7] Enrique Martínez, op. cit., pp. 11-12.

[8] Bolívar tiene la firme convicción que desde su inicio la insurgencia ocurrida en el Real Felipe formaba parte de una acción combinada entre las tropas insatisfechas que guarnecían los castillos y los godos que estaban en calidad de prisioneros. Véase: "Vicente Lecuna, *Cartas al Libertador*". LIT. Y TIP DEL COMERCIO, 1929, T. IV.

[9] Bartolomé Mitre, Op. cit., pp. 451.

Ramón Rodil, quien advirtió que la situación en la guarnición del Callao era explosiva.

Rodil, se encontraba en el valle de Ica y fue el primero en recibir los oficios. Sin poder consultar con sus superiores, dispuso la salida del coronel Isidro Alaix y del capitán Sebastián Riera, entregando diez mil pesos para que sean distribuidos entre los sublevados.[10] Su llegada al Callao fue saludada solemnemente con salvas de artillería y el izamiento del pabellón español. Una vez posesionado de las fortalezas, con mucha prudencia y tino, obstaculizó las propuestas del gobierno de Lima, que llegó a ofrecer 250.000 pesos a quien revolviese los castillos en favor de los patriotas.[11]

Las medidas tomadas por Alaix fueron rápidas: tomó el mando de los castillos; remitió a Rodil información de lo actuado; envió a Pisco al general Alvarado, en la misma embarcación en la que había llegado; y responsabilizó a Moyano y Casariego de la custodia del prisionero. Así aseguró los baluartes del Callao en favor de España y evitó cualquier reacción futura.[12] Mientras tanto, las autoridades de Lima experimentaron temor y desconfianza frente a noticias tan desalentadoras. Sumándose a ello, el receso del Congreso y la entrega del mando de Torre Tagle a Necochea, quien por encargo de Bolívar se hizo responsable de la capital.

Agravando la situación, el 14 de febrero, el Regimiento de "Granaderos a Caballo de los Andes", se sublevó en la Tablada de Lurín, apresó a los jefes y oficiales y se dirigió al Callao a unirse a los españoles. En el camino entraron en discordia: unos proclamaron al Rey, otros se dispersaron y el resto libertó a sus oficiales y se presentó al general Martínez. Los revoltosos continuaron a Bellavista, donde atacaron a una de las partidas patriotas que sitiaban la fortaleza.

Canterac, en Huancayo, recibió las noticias de Casariego y el 16 decidió enviar, con dirección al Callao, tres batallones de infantería y seis mitades de caballería, al mando del general Antonio Monet. El 27 de febrero, Rodil le dio el alcance en Lurín y ese mismo día el general Necochea se retiró de la capital en medio de la más completa confusión. Monet ocupó Lima y la sometió a su mando.

---

[10] Véase: "José Ramón Rodil, *Memoria del sitio del Callao*". Escuela de Estudios Hispano-Americanos. 1era. Edición, Sevilla: 1955, pp. 6-7.

[11] Ibíd., pp. 147-148.

[12] Véase: "Alberto Regal: *Historia del Real Felipe del Callao*". Imprenta del Colegio Leoncio Prado. 1961, pp. 48. Mariano Felipe Paz Soldán, Op. cit., pp. 192-193.

La nobleza limeña no perdió tiempo. El presidente Torre Tagle, el Vizconde de San Donás, así como el vicepresidente Diego de Aliaga, diputados y otros importantes personajes de la política, abrazaron la causa del rey y aceptaron el indulto realista. Mientras, los españoles tomaron las previsiones del caso, para dejar abastecido de víveres y armas a los castillos.

Rodil fue nombrado, por orden de Canterac, Gobernador Militar y Político de los Fuertes del Callao y dependencias, con prohibición expresa del Virrey de entregar la plaza, así se lo ordenase un oficial de alta graduación. El 18 de marzo, el grueso del Ejército, se dirigió al cuartel general de Huancayo, llevándose como prisioneros a todos oficiales que fueron capturados por la traición de Moyano.[13]

Las defecciones continuaron. En Supe, el teniente coronel Casto José Navajas, el comandante Juan Ezeta y el sargento mayor Gutiérrez que mandaban al Escuadrón de Lanceros de la guardia, se sublevaron la noche del 16 de marzo, apresando al coronel Ortega y al gobernador del lugar Don Lucas Fonseca. De otro lado asonadas similares se fueron dando en Chancay, Pataz y Lima.[14]

Organización y participación militar de las fortalezas del Callao

Rodil, luego de analizar la situación, planificó una estrategia militar de avanzada. Su objetivo era contribuir con la causa realista y poner en aprietos a las tropas que por mar y tierra querían destruirlo. Pero comprendió que la situación era complicada, porque debía defender una plaza compuesta de 3,200 hombres; imponer y mantener la autoridad real en los 60.000 habitantes de Lima; así como en 20,000 personas diseminadas en dieciocho leguas de terreno arenoso, que no eran españoles, no querían serlo o no habían pensado serlo.

Además, el brigadier precisaba contener las embestidas de las guerrillas de indios y mestizos; y controlar los embates de esclavos, decididos a luchar contra un sistema que les era molesto e insoportable. Dentro de la fortaleza necesitaba vigilar a 241 oficiales pasados y custodiar a 31 prisioneros, que podía canjear por soldados realistas presos en Chile; evaluar la conducta de 250 empleados, en diferentes clases y rangos; además de observar al ejército enemigo y deshacer las activas asechanzas de Bolívar.[15]

---

[13] José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 151-152 y Mariano Felipe Paz Soldán, Op. cit., pp. 203.
[14] Bartolomé Mitre, Op. cit., pp. 451; Alberto Regal, op. cit., pp. 451 y "Nemesio Vargas: *Historia del Perú Independiente*". Imp. de "La Abeja", T. II. Lima: 1906, pp. 173-174.
[15] José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 09-10.

La situación económica de Lima y Callao, obligaba a restablecer la Casa de la Moneda, que había sido saqueada por los republicanos en su retirada. Buscando solucionar el problema, Rodil estableció un banco de rescate para acuñar monedas; y reorganizó la administración colonial y convocó a los antiguos empleados. La policía urbana que estaba en manos del Cabildo fue rehabilitada y en el ramo de Hacienda no se hizo más que establecer, bajo instrucción provisional, una Aduana en el Callao; una sola tesorería y un tesorero interino utilizado para el cobro y distribución de los fondos del gobierno.[16]

No obstante, la gestión también comprendía contener la secuela de desmoralización y cansancio que los años de guerra dejaban sentir. Estaba obligado a reclutar soldados, disciplinarlos e infundirles lealtad a la causa del Rey, para garantizar el orden en una ciudad cuyas quebradas hacían inaccesibles los caminos hacia la sierra. En el ámbito naval, logró capturar los navíos Balcarce, que después llamó "Moyano"; "Guayas" y ex "Venganza"; incrementó su flota armando una corbeta de 30 cañones denominada "Victoria de Ica" y puso a la mar a los bergantines "Pezuela" y "Constante". Éstos últimos capturaron a los barcos mercantes "Jerezana" y "Claringtón", robusteciendo la defensa marítima del Callao.[17]

Mirando a Junín desde el Callao

El Libertador Simón Bolívar, quería permanecer en el norte hasta completar la instrucción del ejército patriota; pero los sucesos en el Alto Perú precipitaron el inicio de la campaña. La clave de su éxito estuvo, en que centró sus esfuerzos, en organizar un ejército, capaz de llevar adelante la guerra, en la región comprendida entre Jauja y Cuzco, que era el principal bastión realista. El 6 de agosto de 1824, se enfrentaron los adversarios en la batalla de Junín, donde la victoria favoreció a las fuerzas patriotas. Sin embargo, para esa fecha Rodil se posicionaba, aparte de Lima y el Callao, en Chosica, Chancay y Carabaillo.[18]

La noticia de la victoria de Junín llegó a la capital acompañada de nuevas medidas. El coronel Mateo Ramírez, en Lima y Rodil, en el castillo, competían en crueldad y actos temerarios. Delaciones, secuestros de propiedades, hostilidades y burlas estaban a la orden del día; la menor

---

[16] José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 13-14.

[17] Véase: "Felipe de la Barra: *Monografía Histórica del Real Felipe*". Publicaciones del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. 1954, pp. 22. Alberto Regal, Op. cit., pp. 49-50.

[18] Véase: "Timothy E. Anna: *La caída del gobierno español en el Perú*". IEP ediciones. 2003, pp. 300. y "Germán Stiglich: *El Real Felipe del Callao (Capitulación del Callao)-7A Parte*". Imprenta Torres Aguirre. 1926, pp. 76.

sospecha de traición merecía la muerte. El brigadier realista tuvo que proseguir con la defensa de los baluartes desplegando mucha actividad. Construyó obras ofensivas y defensivas como cuarteles espaciosos, parapetos y espaldones, cerca de las murallas; refaccionó las trincheras, repuso municiones e inspeccionó todos los fuertes. Demandó la abertura de pozos en terrenos más apropiados y el aseo de otros para almacenar grandes cantidades de agua. Todas estas labores las hizo Rodil a la vista y bajo los fuegos de las fuerzas bloqueadoras.[19]

La Serna, al igual que Canterac, tenía la firme convicción que, conservar la Plaza del Callao, era indispensable para la permanencia o los triunfos de su ejército. Porque, permitía controlar el mar y acceder a medios de subsistencia que la costa sur, entre Lima y Lurín, producía. En reiteradas ocasiones, se enviaron convoyes vacíos que siempre retornaron cargados de pertrechos. Incluso, Rodil tuvo que entregarle 50 artilleros, 4 compañías de infantería y 3 escuadrones de caballería; además de desarmar a 500 infantes, de la guarnición, para remitir igual número de fusiles.[20]

Rodil, también debió organizar una fuerza naval, que en octubre de 1824, se componía del navío "Asia", los bergantines "Aquiles", "Pezuela", "Constante" y "Moyano"; la corbeta "Ica" y los corsarios "Quintanilla" y "General Valdez", armados por el gobernador de Chiloé Antonio de Quintanilla. El 6 de octubre, el vicealmirante Juan Martín Guisse entró al Callao con la "Protector" y acompañado de: la corbeta "Pichincha", el bergantín "Chimborazo" y las goletas "Macedonia" y "Guayaquileña". Fue tal la provocación que los disparos de los cañones no se hicieron esperar, desencadenándose un combate que duró hasta el atardecer.

Al día siguiente, muy de mañana, la flota española atacó a la escuadra peruana, que se encontraba a una legua de la isla San Lorenzo. Intercambiaron tiros de cañón por diez minutos, mientras los patriotas navegaron mar adentro. El "Asia" y todos los buques menores, dirigieron sus fuegos contra la "Protector", mientras nuestros barcos hacían esfuerzos por atraer a los bergantines españoles a un combate. Pero estos lo evitaban, protegiéndose cerca del navío "Asia", lo que dificultaba cualquier ataque, porque exponía a nuestras naves a recibir los fuegos de los navíos españoles.[21]

---

[19] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 18-19 y Nemesio Vargas, op. cit., pp. 181.
[20] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 22-23.
[21] Mariano Felipe Paz Soldán, op. cit., pp. 221-222.

Ambas escuadras marcharon en línea hasta que, los realistas viraron repentinamente, regresando al Callao. Guisse no pudo tomar la ofensiva porque sus buques no estaban en buenas condiciones y su fuerza era muy inferior a la de sus enemigos. La escuadra patriota siguió en el Callao hasta el 22, día en que el navío Asìa con el resto de su escuadra se dirigió al sur. Entonces, Guisse se retiró a Guayaquil para reparar sus buques y aumentar su fuerza. Bolívar, desconfiando de su habilidad, lo destituyó y confió los buques al comodoro Juan Illingrot y pidió refuerzo naval a Chile para poder estrechar el sitio al Callao.[22]

El Ejército Libertador, después de la batalla de Junín, se dirigió al sur en busca de la batalla definitiva. Bolívar, que había establecido su cuartel general en Chancay, dispuso que una división, al mando del coronel Luis Urdaneta, sitiara el Callao. El despliegue fue inmediato, los informes sobre la situación de las fortalezas exigían tomar acciones rápidas. El 3 de noviembre, Urdaneta quiso sorprender a una columna enemiga, que desde el Callao salió a posesionarse de Lima; con 600 hombres de infantería y caballería avanzó hasta La Legua y allí le salieron al encuentro divisiones enemigas que dispersaron a los jinetes patriota persiguiéndolos hasta las calles de Lima.[23]

La capital, durante la ausencia de Bolívar, se volvió un lugar insostenible, desierto y abandonado. A merced de las crueldades de Ramírez y de las guerrillas que entraban y salían con toda facilidad de la capital. El 6 de noviembre, ante el estado de abandono en que se encontraba Lima, el Libertador salió de Chancay. Después de pasar revista a la división, que ocupaba las inmediaciones de la ciudad, entró en ella el 7, por la tarde. Bolívar pensaba retornar a su Cuartel General, luego de aprovisionarse de víveres, pero la población le suplicó que se quedara, porque su presencia iba a traer calma y estabilidad frente a tanto desorden.

Ayacucho: la resistencia después de la batalla

A fines de noviembre de 1824, el avance de Bolívar sobre el Callao era un hecho. Desde posiciones diferentes, el Libertador y Rodil observaban sus movimientos y afinaban sus estrategias. Y si alguno supuso que el otro le tendría miedo, pronto ambos se persuadieron, a sí mismos, que militarmente eran superiores. Durante 40 días no hubo ataque. Sin

---

[22] Nemesio Vargas, Op. cit., pp. 223.

[23] Véase: Hugo Pereyra Plasencia: *La Campaña de Junín y Ayacucho*. Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima: 1975, pp. 60. Mariano Felipe Paz Soldán, Op. cit., pp. 221-222.

embargo la calma se alteró el 19 de diciembre mediante un disparo de cañón contra el Ejército Real. Su detonación hacía público el triunfo en la batalla de Ayacucho.[24] Esta victoria, parecía poner fin a la guerra y después de ella, Bolívar exigió la entrega de la fortaleza del Callao.

Según la capitulación de Ayacucho las tropas, bagajes y armamentos españoles hasta el Desaguadero, debían ser entregados a las fuerzas patriotas. Todos los individuos del ejército español podían regresar libremente a su país, costeándoles el Perú su pasaje y mientras alistaban su marcha se les abonaría medio sueldo. A quienes deseaban continuar al servicio del Perú, se les reconocería su mismo grado o empleo. Nadie sería incomodado, perseguido ni mucho menos confiscadas sus propiedades, quedando en libertad para salir del país con bienes y familiares, cuando lo crean conveniente. Por las cláusulas 11° y 12°, las fortalezas del Callao debían entregarse veinte días después de firmado dicho tratado, en donde se entregarían parques, almacenes, archivos y demás enseres con las formalidades necesarias.

El 22 de diciembre, la Gaceta Extraordinaria del Gobierno de Lima publicó en sus páginas la noticia del triunfo del Ejército Unido e incluyó el parte oficial de la Batalla de Ayacucho; así como la capitulación y una proclama describiendo el estado en que se encontraba el Perú. Rodil no podía medir los acontecimientos en su verdadera dimensión, porque la capitulación misma inspiraba dudas, variaciones posibles y muchas alteraciones.

Sin embargo, el brigadier aguardaba reacciones a gran escala o pequeñas sublevaciones capaces de entorpecer los progresos logrados por el Libertador.[25] En Navidad, emitió una proclama donde exhortaba a la población limeña a no creer las mentiras y falsedades propaladas por Bolívar. Pedía confiar en los jefes, oficiales y soldados del Ejército del Rey, que "pronto destruirían al enemigo a cabalidad". Al día siguiente hizo su aparición en el Callao el navío Cambrige al mando del Comodoro inglés en el Pacífico D. Tomás Santiago Maling, llevaba a bordo a comisionados españoles y peruanos, para tratar el tema de la entrega y rendición del Real Felipe.

El jefe inglés propuso que las reuniones se concretaran en su barco e informó a Rodil que tenía documentación importante para él, que llevaban

---

[24] Nemesio Vargas, op. cit., pp. 225-226.
[25] Véase: Verardo García Rey: *La defensa del Callao por Don José Ramón Rodil*. Imprenta Palomeque. Madrid: 1930, pp. 50.

el coronel Dioniso Marsilla y el teniente Ramón Gascón, ambos oficiales del ejército capitulado. En la nave también se encontraba, con plenos poderes del gobierno peruano, el coronel Bernardo Monteagudo, con quien Rodil se negó a entrevistarse, respondiendo que no "admite ni admitirá ninguna correspondencia ni parlamentos de los enemigos de Fernando VII..." [26]

Entretanto, el brigadier buscó el auxilio de las fuerzas marítimas realistas, que al mando del capitán de navío Roque Guruceta, se encontraban en el puerto de Quilca, esperando el desenlace de los acontecimientos. También decidió pedir refuerzos a Olañeta, a quien reconoció como legítimo virrey del Alto y Bajo Perú. Envío con las comunicaciones, con el comandante Pascual Bernedo, a bordo de la goleta norteamericana Serpiente de Mar. Pero ésta, luego de navegar once días, fue interceptado por la fragata patriota María Isabel.

Bernedo antes de rendirse lanzó al agua la correspondencia que se remetía a los jefes realistas.[27] Rodil, en previsión de cualquier eventualidad, mandó con otro emisario copias de las mencionadas comunicaciones. No obstante, Olañeta no estaba en posición de asistir a nadie. Como último intento Rodil le escribió al Brigadier Quintanilla para defender juntos los dominios del Rey.[28] Pero tampoco recibió respuesta.

La Armada española en manos de sus tripulantes

La noticia de la victoria de Ayacucho, causó desconcierto en la oficialidad y tripulación de la fuerza naval, que comandaba Roque Guruceta. Pero la desazón fue mayor entre la tropa del Batallón "Arequipa", que se encontraba a bordo del navío Asia. Tropa que, además de ocasionar un gran consumo de víveres, era un peligro permanente de mayores desórdenes. Guruceta, vacilando continuamente entre retirarse o permanecer en las costas, de un país que de por sí le era enemigo, resolvió finalmente navegar mar adentro, no sin antes desembarcar al batallón y dispersarlo sin oficiales y recursos.

Los descontrolados soldados, apenas pisaron tierra, se convirtieron en una turba desbandada y entregada al desenfreno, que amparada por la oscuridad de la noche se disponía saquear Quilca. Afortunadamente, en esas circunstancias llegó al mencionado puerto el sublevado Dámaso

---

[26] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 215-216.
[27] Verardo García Rey, op. cit., pp. 50.
[28] Véase: Gonzalo Búlnes: *Últimas campañas de la Independencia en el Perú (1822 – 1826)*. IMPRENTA I ENCUADERNACIÓN BARCELONA. Santiago de Chile: 1897, pp. 656-657; y José Ramón Rodil, op. cit., pp. 39-40.

Moyano, quien por el influjo que ejercía sobre la tropa, y luego de distribuir cierta cantidad de dinero, frenó el desorden, disponiendo que se retiraran en pequeños grupos y en distintas direcciones.[29]

El Virrey La Serna, recuperado de sus heridas, partió de Ayacucho por la ruta de Caravelí. Previsoramente despachó por delante al mariscal Villalobos y al coronel Santa Cruz, para que buscaran de una nave que los condujera a España. Dichos oficiales llegaron a Quilca, cuando Guruceta se disponía a darse a la vela y, con ayuda del comerciante español Lucas García La Cotera, le expusieron la obligación que tenía de suspender su viaje hasta la llegada del Virrey.

El 1 de enero de 1825, llegó La Serna a Quilca con toda su comitiva. Allí convocó a una junta de Guerra, que decidió enviar a Chiloé a los transportes Trinidad y Real Felipe, con todos los que se habían comprometido en la entrega de los castillos. Las corbetas Ica y Pezuela, recibieron la orden de marchar a Cádiz por el Cabo de Hornos, transportando a los oficiales subalternos y restos de tropa europea que había sobrevivido a los desastres de Junín y Ayacucho; el navío Asia, en compañía de los bergantines Aquiles, Constante y el transporte Clarington, salieron el 2 de enero con dirección a Filipinas.[30]

En Quilca, se encontraba el buque francés de comercio Hernestine, donde se embarcó el Virrey La Serna, con los generales Valdez, Villalobos, Landázuri y Ferraz; también los acompañaba el coronel Santa Cruz y varios subalternos. El 3 de enero, luego de los arreglos correspondientes, la embarcación francesa zarpó del puerto y una salva de 21 cañonazos saludó la partida del último gobernante español del Perú. Los navíos que se dirigieron a Chiloé, llegaron sin tropiezos a su destino; los que marcharon a España, por el Cabo de Hornos, arribaron sin novedad al puerto de Cádiz.

Pero la Hernestine, el 6 de enero de 1825, fue interceptada por el bergantín chileno Galvarino, que le disparó dos cañonazos, obligándola a detenerse. Este inesperado incidente ocasionó confusión entre los pasajeros y la sorpresa fue mayor cuando las autoridades chilenas exigieron a la nave francesa retroceder a Quilca. El incidente terminó cuando La Serna y Valdez mostraron los pasaportes obtenidos, como resultado de la capitulación de Ayacucho.

---

[29] Mariano Felipe Paz Soldán, op. cit., pp. 241.
[30] Gonzalo Búlnes, op. cit. pp. 631-632.

El 3 de marzo, el navío Asia, los bergantines Aquiles y Constante, así como la fragata Clarington, que se dirigían a Manila, llegaron a Guajan, capital de las islas Marianas. Allí, la tripulación del Asia y el Constante se sublevó, apresó a sus jefes, entre ellos a los coroneles García Camba y Ramírez, e incendió el Clarington, terminando finalmente en México. El motín también se propaló al bergantín Aquiles, que se dirigió a Chile, donde se entregaron a las autoridades de esa república.[31]

Así terminó la Real Armada de su Majestad Cristianísima Española, que no pudo constituirse en una fuerza capaz de dificultar los planes de Bolívar. No tomó contacto con los diseminados en el Cuzco, ni coordinó con las fuerzas realistas que aún resistían en Arequipa. Tampoco pidió refuerzos a Cuba, La Guyana o Chiloé y terminó siendo un prisionero más de las circunstancias que se vivieron, en el último tramo de la independencia de América.

1825: Un año bastante inusual

La negativa de Rodil a reconocer la capitulación de Ayacucho, obligó a Bolívar a recurrir a la ayuda del comodoro inglés Thomas Maling, para que el comandante Ramón Gascón, que era el comisionado por el virrey, entregara a Rodil unas comunicaciones donde se le ordenaba entregar los castillos del Callao. Pero el brigadier estaba decidido a sostenerse en esa plaza y no quiso admitir la derrota. Tenía una buena provisión de víveres, pertrechos y cuanto pudiera necesitarse para mantener un largo sitio. Los torreones, baluartes, fuertes y fosos habían sido cuidadosamente reforzados.

Pero lo que realmente alentó su resistencia fue la noticia que, desde España, vendría un auxilio para recuperar lo perdido. Contaba con 1785 pesos en la tesorería y la promesa que desde Arequipa le enviarían 35.000 duros. Decidido a no rendirse, calculó el tiempo que podían la durarle los víveres, incrementó la dotación de municiones de los cañones, y cubrió las murallas con granadas de mano para rechazar asaltos. Pero, su exagerado optimismo, le servía para encubrir el verdadero estado en que se encontraba.

Militarmente, organizó una columna móvil para la defensa externa de la fortaleza y decretó la ley marcial para todas las faltas, incluyendo la traición y la murmuración, y señalando una sola condena: la de muerte.[32]

---

[31] "Nemesio Vargas: *Historia del Perú Independiente*". Imprenta de "El Lucero", T. III. Lima: 1908, pp. 11-12 y Mariano Felipe Paz Soldán, Op. cit., pp. 242-243.

[32] Gonzalo Búlnes, op. cit., pp. 655-656.

Dentro de las fortalezas estructuró una suerte de vigilancia continua y creó un cuerpo de policía, que llamó "La Sección de Confianza" y dependía directamente de su persona. Este cuerpo era muy temible por cuanto nadie sabía quiénes la conformaban; su función era oír conversaciones, descubrir todos los secretos y castigar con implacable severidad todo delito o especulación que pudiera estimular al desaliento.

No obstante, su principal problema era subsistir y rápidamente comprendió que la prohibición de venderle alimentos, decretada por Bolívar, era un fuerte obstáculo para sus planes. Dispuso durante las primeras semanas vender los víveres que no se podían preservar y redujo las raciones. Igualmente, el Libertador puso fuera de la ley a la fortaleza; y a todo aquel que se encontrase dentro de ella se le consideró ajeno al Derecho de las Naciones; e igualmente resolvió la confiscación de todos los bienes de los refugiados dentro de la plaza.[33]

La terquedad de Rodil obligó a establecer un riguroso sitio y bloqueo por tierra y mar. El objetivo era someter la plaza a todo trance. La responsabilidad del sitio estuvo a cargo del general Bartolomé Salom y su primera medida fue, a parte de restringir la entrada de recursos al Real Felipe, buscar un procedimiento que fuera más eficaz que el asalto a la fortificación. El nuevo jefe sitiador venía de resistir del sitio en Puerto Cabello y Cartagena de Indias, de destruir la resistencia pastusa en Colombia y juzgar sumariamente a los líderes Agustín Agualongo y Estanislao Merchancano.[34]

El gobierno de Chile, queriendo disipar toda duda sobre su apoyo a la independencia del Perú, acudió al pedido de ayuda de Bolívar y ordenó la salida de una escuadra, al mando del vicealmirante Blanco Encalada. A fines de diciembre de 1824 las naves llegaron a Quilca y allí se dieron con la sorpresa que la flota española se retiraba de las costas del Perú. Considerando que no estaban preparadas para enfrentarlos, prefirieron continuar rumbo al Callao para unirse al bloqueo patriota. Así, al 10 de enero de 1825, la escuadra bloqueadora quedó constituida de la siguiente manera: corbeta Pichincha, fragata O´Higgins, goletas Montezuma y Macedonia, Congreso y Chimborazo, corbeta Limeña y tres lanchas cañoneras, con 194 hombres y 171 cañones.[35]

---

[33] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 29-30 y Verardo García Rey, op. cit., pp. 129-130.
[34] Para un estudio sobre la participación de Salom en el proceso de la Independencia de la Gran Colombia y del Perú, Véase: "Asdrúbal González: *Bartolomé Salom o la virtud*", 3era. Edición, Caracas: 1980.
[35] Mariano Felipe Paz Soldán, op. cit., pp. 246.

Durante las primeras semanas del sitio, el número de personas confinadas en la fortaleza fue incrementándose. A la nobleza, ya mencionada, se unió un buen número de vecinos notables de Lima. Muy pronto comenzaron a sentirse los efectos del hacinamiento y escasez de alimentos. La necesidad de no disminuir las raciones de la tropa, por el temor a que desertaran, obligó a Rodil a expulsar gradualmente a los que consideraba inútiles. Llegó a expulsar a 2389 personas, en menos de 4 meses.

El brigadier realista habitualmente enviaba merodeadores a caballo, protegidos por una columna de infantería para reconocer el terreno y asegurarse que los sitiadores no tuvieran preparada una emboscada. Sin embargo, el 16 de febrero, una columna salió a realizar su acostumbrado reconocimiento, cuando fue atacada sorpresivamente por batallones patriotas. El coronel Alaix, jefe del Estado Mayor, se presentó con la caballería para proteger la retirada de la columna. Desde ese día, Rodil cortó todo tipo de comunicación con el exterior, limitándose a realizar sólo pequeños patrullajes[36].

En el mes de marzo, los republicanos instalaron en Bellavista una poderosa batería con varios cañones destinados a traspasar la artillería realista, proteger las incursiones de avanzada, batir la plaza de armas y atacar el fuerte de San Miguel. Todos los puntos de la plaza eran vulnerables y, para protegerse del incesante fuego, los sitiados hubieron que refugiarse en los sectores cubiertos de la fortaleza. Rodil hizo arreglos y distribución conveniente, en los baluartes y trincheras con bastante éxito, pero los meses pasaban y la situación se agravaba aún más.

Las tropas carecían de abrigo y para el mes de mayo solamente recibían ración en la plaza los empleados en el servicio; tanto defensores como refugiados comenzaron a experimentar continuas privaciones. Desde botes, canoas, se lanzaban proclamas en botellas; y desde las afueras de la fortaleza llegaban gritos incesantes. Rodil, observaba con mucho detalle la impresión que causaban, estas acciones, en el ánimo de sus soldados. Enfrentaba el brigadier realista epidemias mortíferas como el escorbuto, vicho, disentería e hidropesía, teniendo que examinar el agua cada dos meses para prevenir el envenenamiento o el mal estado.

No obstante, el sitio tenía que ser contrarrestado. Entonces, con extraordinaria actividad todos los hombres y mujeres sanos fueron destinados a trabajar; construyeron obstáculos por si asaltaban la

[36] Verardo García Rey, op. cit., pp. 54-55 y Gonzalo Búlnes, op. cit., pp. 672

fortaleza; colocaron blindajes para proteger a la tropa, de las balas y bombas; perfeccionaron parapetos; y levantaron más baterías. El fuerte de San Miguel fue reformado con rastrillos, explanadas y parapetos; su arsenal fue reubicado y se construyeron trincheras para morteros obuses y cañones. Hasta el 10 de julio los ataques por mar y tierra siguieron con la misma intensidad que al comenzar el año. El ejército sitiador avanzaba lentamente desde sus baluartes y las escaramuzas para impedirlo se fueron haciendo cada vez más infrecuentes.[37]

Manuel Blanco Encalada y Bartolomé Salom, autoridades del sitio por mar y tierra correspondientemente, intentaron persuadir a Rodil para firmar una capitulación honrosa, dándole a conocer que el último refugio del poderío español en América del Sur lo representaba él. Le comunicaron que las tropas realistas en el Alto y Bajo Perú aceptaron la capitulación de Ayacucho, que Inglaterra reconocía la independencia de las principales repúblicas del continente y que el envío de las dos fragatas, por parte de España con dirección al Pacífico, se había frustrado.

Le propusieron que designe a su ayudante Bernardo Villazón, o a cualquier otro militar de su confianza, para embarcarse en alguna fragata francesa, que le brindara información, sobre el estado en el que se encontraba Europa y España en particular. Sin embargo, Rodil consideró la propuesta patriota como un falta militar y se negó rotundamente a aceptarlo, pese a que su situación era difícil.

No sólo, porque se encontraba ubicado en un cascajal, salitroso y rodeado de pantanos, que hacían el ambiente insalubre y propicio para enfermedades y epidemias, sino también por el fuego continuo de balas y bombas, que a toda hora y en todas las direcciones, caían sobre la fortaleza.[38]

Para demostrar que no estaba dispuesto a capitular, el 6 de agosto de 1825, primer aniversario de la Batalla de Junín, el "Batallón de Obreros" atacó una lancha patriota estacionada en la Mar Brava. La expedición realista emprendió sus operaciones el día anterior con tres botes y 38 marineros y como consecuencia de estas acciones, capturaron la lancha, municiones, armas y trece prisioneros, incluyendo al oficial que los mandaba. Fue un golpe inesperado de parte de una guarnición fatigada, disminuida por las enfermedades y atormentada por la escasez. No obstante, en este breve periodo Rodil trató de atender todo lo concerniente a la Fortaleza,

---

[37] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 69-70 y Verardo García Rey, op. cit., pp. 62-63.
[38] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 84-85.

ensayando a mediados de septiembre una nueva modalidad para prolongar la defensa de la plaza. A través de una Orden General, incrementó los haberes desde capitán hasta el tambor.[39]

Igualmente, las deportaciones que se venía realizando desde el mes de mayo, fueron continuas y en gran número. En un primer momento el general Salom admitió a los exiliados en territorio patriota, pero pronto se dio cuenta que el jefe realista quería prescindir exclusivamente de las bocas inútiles.

Entonces, desde mediados de 1825, obligó a los pasados a retornar al sitio, pero éstos por orden de Rodil fueron embestidos a bala y bayoneta. Pronto, el jefe sitiador reconocería su equivocada decisión y acogería nuevamente a los expulsados de la fortaleza.[40] El 1 de octubre la población total del Callao, tanto civil como militar se había reducido a 1830 personas. Rodil había dejado en claro, desde que empezó el asedio, que los que no tuvieran medios para su subsistencia debían desalojar la plaza, pues él sólo tendría víveres para la guarnición.

Mientras tanto, en el lado patriota se produjeron cambios. El vicealmirante Blanco Encalada dejaba de ser el Jefe de la Escuadra Unida bloqueadora y Bolívar devolvió el mando al vicealmirante inglés Juan Illingworth.[41] Los preparativos estaban listos para que la escuadra chilena, compuesta por la fragata María Ysabel y la goleta Motezuma, abandonase aguas del Pacífico peruano con destino a Valparaíso.

Rodil calculó que esta determinación podía ser consecuencia de dos situaciones: primero se iba a emprender una nueva campaña contra Chiloé; y segundo, había un distanciamiento entre Chile y Perú. Antes de partir, Blanco Encalada entró en comunicación con el gobernador español, pidiéndole que dejara salir al Conde de Lurigancho, a su hijo y a una mujer francesa, que decía ser esposa del inglés Murphy. Rodil en deferencia al vicealmirante los dejó salir. Además cabe mencionar, dentro de las ocurrencias acaecidas, la fuga del Vizconde de San Donás, Juan de Berindoaga, quien fue llamado dos veces desde la línea patriota para que se pasase sin ser castigado.[42]

---

[39] Verardo García Rey, op. cit., pp. 69-70.
[40] Germán Stiglich, op. cit., pp. 5 y Gonzalo Búlnes, op. cit., pp. 674-675.
[41] José Ramón Rodil, op. cit., pp. 294-295.
[42] Juan de Berindoaga escapó el 2 de octubre de 1825 en una embarcación arrastrada por la corriente, fue capturado por las embarcaciones de la Escuadra Unida Bloqueadora y al llegar a bordo no quiso considerarse como refugiado sino como prisionero. Una vez conducido a Lima, fue enjuiciado, juzgado y ejecutado el 15 de abril de 1826. Véase: "Rubén Vargas Ugarte: *Historia General del Perú*". Editor CARLOS MILLA BATRES. 1966, pp. 385-386.

Para finalizar el año de 1825, Salom ordenó una nueva arremetida contra la plaza, causando fuertes estragos en las fortificaciones y su guarnición.[43] Ello empeoró la realidad del Real Felipe, hasta convertirla en trágica. Parecía un gigantesco cementerio. La gente se alimentaba de caballos, perros, gatos, ratas y animales inmundos[44]. La guarnición, acosada por el hambre y sufriendo los efectos del tifus, comenzó a planear sublevaciones. Rodil al ver amenazada su causa fusiló a sargentos, cabos, soldados, culpables o sospechosos de traición. Disolvió su "Compañía de Cazadores", cuando más la necesitaba y decidió retirar la guarnición del castillo San Rafael, colocando minas cargadas con nueve quintales de pólvora, suficiente para reducirlo a escombros, en caso los republicanos intentaran ocuparlo.

¡Si no hay prisioneros no capitulamos!

Los primeros días de enero de 1826, el Brigadier comprendió que luchaba contra un opositor vigilante y que ya no podía contener el espíritu de sedición de su gente. Como una última prueba de de su rigor, mandó fusilar al coronel Rafael Montero y a 23 individuos más, que estuvieron comprometidos en una insurrección. Poco después, al anochecer del día 3, se pasarían a bando republicano teniente coronel Nicolás Ponce de León, a quien Rodil había nombrado Ayudante de Gobierno. Unas horas más tarde, otro oficial, de su mismo rango, llamado Sebastián Riera desertó con otros cinco peninsulares; cortando las guías de las minas que comunicaban la plaza con el fuerte San Rafael. El brigadier, al darse cuenta del hecho, dispuso reponer inmediatamente las guías cortadas.[45]

Desde las baterías Bolívar, Valero, Puller y Libertad, los patriotas continuaron con el inclemente bombardeo sobre el Real Felipe, realizando varios fallidos intentos, para apoderarse del castillo San Rafael. El 8 de enero 300 soldados republicanos guiados por Ponce y Riera, quienes cortaron nuevamente las guías de las minas que comunicaban la Fortaleza con el San Rafael y se posesionaron del mismo. Dos días después, los sitiadores colocaron dos cañones en dirección al baluarte de la Reyna y al flanco izquierdo del arsenal.[46]

Finalmente Rodil comprendió que no podía prolongar más la defensa de la plaza. Alarmado por el éxito de los republicanos, las deserciones sufridas

---

[43] Verardo García Rey, op. cit., pp. 73-74; Asdrúbal González, op. cit., pp. 154 y José Ramón Rodil, op. cit., pp. 114.

[44] Véase: *"Eleazar López Contreras: El Callao Histórico"*. Litografía del Comercio. Caracas: 1926, pp. 143 y José Ramón Rodil, op. cit., pp. 143.

[45] Eleazar López Contreras, op. cit., pp. 143 y José Ramón Rodil, op. cit., pp. 116-117.

[46] Verardo García Rey, op. cit., pp. 74-75 y Eleazar López Contreras, op. cit., pp. 114.

y la carestía de víveres resolvió entrar en negociaciones. El 11 de enero enarboló bandera blanca en el torreón de casamatas del Real Felipe. En las filas sitiadoras, Salom contestó con igual señal. El intercambio epistolar entre el bando realista y republicano fue aprovechado por el brigadier para enviar a Bernardo Villazón a bordo de la fragata de guerra británica Briton, ubicada en la isla San Lorenzo, para informarse sobre el estado de Europa, recoger los diarios anglosajones y tomar una decisión con respecto a la capitulación ofrecida.

Salom mientras tanto, consultó el caso ante el Consejo de Gobierno de Lima el cual aceptó con el objetivo de poner fin a la lucha. El día 13, los sitiadores propusieron suspender las hostilidades por dos días, protestando Rodil al día siguiente por la continuación de los trabajos y la proximidad de soldados enemigos cerca de la plaza. El general sitiador se excusó por la acusación del jefe realista y éste le comunicó el 15, su decisión de concertar una negociación, sobre la base de una capitulación decorosa. La fragata inglesa Briton, fue propuesta como escenario neutral de los acuerdos, medida que Salom desestimó. A cambio, sugirió levantar una tienda de campaña, entre las líneas patriotas y la Plaza, en el camino o en una barraca del pueblo del Callao,[47]

Pero Rodil, a toda costa quería sentirse avalado por la bandera inglesa. Para ello comisionó a Bernardo Villazón, para que convenciera al general Salom de aceptar la mediación extranjera, aunque no pudo persuadirlo porque la firme decisión había sido tomada por el Gobierno de Lima. Ambas facciones convinieron en elegir dos delegados de ambas partes, un secretario sin voto y un oficial vigilante, para atender cualquier ocurrencia que pudiera presentarse. Se reunirían a las nueve de la mañana del día siguiente, en el extremo izquierdo del camino construido por los republicanos para el ataque al Real Felipe.[48]

Las conferencias se iniciaron a la hora fijada. Los representantes del gobierno peruano fueron el almirante Juan Illingworth, el comandante Manuel Larenas y secretario, sin voto el sargento mayor graduado Francisco Gálvez. Por parte de Rodil, los tenientes-coroneles Francisco Duro y Bernardo Villazón, sirviendo de secretario sin voto el teniente Manuel Domínguez y de oficial de partes el subteniente Juan Ugarte.

---

[47] Eleazar López Contreras, Op. cit., pp. 145; Verardo García Rey, Op. cit., pp. 76-77 y José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 308-309.

[48] Gonzalo Búlnes, Op. cit., pp. 687-688 y José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 312-313.



Rodil abandonando el Real Felipe, luego de haber firmado la Capitulación del Callao

Los comisionados realistas presentaron las bases de la capitulación en 31 artículos. El 19 de enero, intercambiaron las ratificaciones del acuerdo y acordaron reunirse la siguiente mañana en una tienda neutral.[49] En Lima, el Consejo de Gobierno evaluó el texto de los españoles, observando los artículos 6°, 7° y 21°.[50] De aceptarse tales artículos, Rodil hubiese obtenido una victoria finalmente.

Ejecutada la reunión, el 20, los delegados del Perú hicieron conocer sus observaciones, a los ya mencionados artículos, las causas porqué

---

[49] Verardo García Rey, Op. cit., pp. 79-80.

[50] Los artículos de la Capitulación del Callao dicen lo siguiente:

6°. El Gobernador ratificará a bordo de *La Briton* la Capitulación, y desde ese momento permanecerá en ella por rehenes, hasta que la guarnición del Ejército sitiador se posesione de la Plaza en la forma que se estipulará, y después quedará expedito para marcharse cuanto antes le sea posible, a dar cuenta a S. M. Católica.

7°. Un General de Brigada del Ejército sitiador, pasará también en rehenes a bordo de *La Briton* en el instante que lo verifique el Gobernador de la Plaza, y será libre de esa obligación cumplidos que sean los artículos 4° y 5°.

21°. La República del Perú reasumirá en sí los créditos y débitos contraídos por este Gobierno desde que tomó posesión de estas fortalezas en veinte y nueve de febrero de mil ochocientos veinte y cuatro.

las rechazaban; y plantearon que el mismo Rodil entregara, de manera inmediata, la plaza sin retener rehenes de uno u otro bando, ni intermediación extranjera alguna. El brigadier, disimuló suspender las negociaciones, mostrando predisposición por querer continuar la resistencia. Pero, Salom le comunicó que si no aceptaba la capitulación con las rectificaciones, en un plazo de tres horas, se reanudarían las hostilidades y se le exigiría rendición incondicional de la plaza. Rodil procedió a renovar los poderes a sus comisionados, firmando la capitulación el día 22 y comprometiéndose a entregar la plaza, al día siguiente, a las fuerzas republicanas.[51]

El 23 de enero a las ocho y media de la mañana, marcharon con dirección a la plaza 800 soldados republicanos, fueron ubicados en dos filas, desde el extremo del pueblo de Bellavista, hasta la puerta principal del Real Felipe. Hechos los relevos conforme a ordenanza, el coronel Pedro Aznar colocó en manos de Salom la espada de Rodil y las llaves de la Plaza. El jefe sitiador ordenó que 200 artilleros de la columna de cazadores se posesionen inmediatamente de la fortaleza y enarbolaran la bandera peruana en todas sus instalaciones. Los sitiados desfilaron, a tambor batiente y banderas desplegadas, entregando a las tropas vencedoras sus armas y correajes[52].

El brigadier José Ramón Rodil, vestido con uniforme de gran parada, entregó la Fortaleza del Real Felipe al General Salom, para luego embarcarse en la Briton. Al salir de la plaza, el ejército patriota le rindió los honores correspondientes a su grado militar; llegaría a España en agosto y antes de desembarcar, Fernando VII lo distinguía con la Cruz de Comandante de la Orden de Isabel la Católica, por haber mantenido el honor de la bandera frente a una derrota universal.[53]

Las últimas banderas

Entregada la fortaleza del Real Felipe, Rodil no vería mancillada su lealtad ni el orgullo de España, así que estableció previamente en el artículo 18° de la capitulación del Callao, que se llevaría a bordo de La Briton su equipaje personal, además de las banderas de los cuerpos Ynfante Don Carlos y Arequipa. Sin embargo cuando las tropas republicanas ocuparon los almacenes del Castillo, encontraron nueve banderas y un gallardete que fueron remitidos al General Salom, éste al ver tan importante hallazgo

---

[51] Gonzalo Búlnes, Op. cit., pp. 688-689; López Contreras, Op. cit., pp. 146 y José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 316-317.

[52] Nemesio Vargas, Op. cit., pp. 124, González, Op. cit., pp. 165 y Germán Stiglich, Op. cit., pp. 156.

[53] Timothy E. Anna, Op. cit., pp. 309.

lo comunicó al Ministro de Guerra y Marina Juan Salazar, quien autorizó que una de las banderas encontradas sea concedida al Jefe sitiador para enviarla al Poder Ejecutivo de Colombia y las otras que sean colocadas tanto en la Catedral de la capital como en la iglesia Nuestra Señora de La Merced por ser patrona de las armas de la República.[54]

Este sería el desenlace de las últimas banderas españolas en territorio nacional y el fin de una serie de reductos que no pudieron sofocarse con la sola firma de una capitulación ya estipulada; habría que sofocarse aún a núcleos realistas como Puerto Rico o la Guyana, la invasión de Tampico por encargo del Intendente de La Habana Ángel Laborde en 1829 y los difíciles procesos que desencadenaron en las independencias de Filipinas y Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

Albi, Julio. Banderas olvidadas. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid, 1990

ANNA, Timothy E. La caída del gobierno español en el Perú. IEP ediciones, Lima, 2003.

BONILLA, Heraclio y Otros. La independencia en el Perú. IEP ediciones, Lima, 1972

BULNES, Gonzalo. Últimas campañas de la Independencia del Perú (1822 – 1826). Santiago de Chile: IMPRENTA I ENCUADERNACIÓN BARCELONA, 1897.

CONCHA, José María (Impresor). Documentos relativos a la rendición del Callao. Lima: Imprenta Republicana Administrada por José María Concha, 1826.

DÁVALOS Y LISSÓN, Pedro. Bolívar (1823 – 1827). Montaner y Simón, editores, 1924.

DE LA BARRA, Felipe. Monografía histórica del Real Felipe. Publicaciones

[54] López Contreras, Op. cit., pp. 171; Alberto Regal, Op. cit., pp. 60 y José Ramón Rodil, Op. cit., pp. 326

del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, 1954.

EGEA LÓPEZ, Antonio. La resistencia española en Sudamérica tras Ayacucho, a través del "Diario Mercantil de Cádiz". En: Anuario de la Universidad de Cádiz N° 2, 1985.

STIGLICH, Germán. El Real Felipe del Callao. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1926.

GARCÍA REY, Verardo. La defensa del Callao por Don José Ramón Rodil. Madrid: Imprenta Palomeque, 1930.

GONZÁLEZ, Asdrúbal. Bartolomé Salom o la virtud. Caracas, 1980.

GUTIERREZ RAMOS, Jairo. "Los indios de la Nueva Granada y las guerras de independencia". En: Heraclio Bonilla (Editor). Indios, negros y mestizos en la independencia. Colombia: Editorial Planeta, 2010.

LEDESMA, Valentín. Ensayo histórico de las operaciones del Ejército Libertador del Perú en la campaña de 1824. Imprenta del Comercio por J. M. Monterola, 1853.

LYNCH, John. Las revoluciones hispanoamericanas (1808 – 1026). Editorial Ariel, 1980.

LÓPEZ CONTRERAS, Eleazar. El Callao Histórico. Caracas: Litografía del Comercio, 1926.

LOVERA REYES, Elina. "La fidelidad de los indios caquetíos del Coro durante la independencia de Venezuela". En: Heraclio Bonilla (Editor). Indios, negros y mestizos en la independencia. Colombia: Editorial Planeta, 2010.

MARTÍNEZ, Enrique. ESPOSICIÓN DOCUMENTADA QUE EL GENERAL D. ENRIQUE MARTÍNEZ PRESENTA A SUS CONCIUDADANOS SOBRE LAS CAUSAS DE LA INSURRECIÓN DE LAS TROPAS DE LOS ANDES EN LAS FORTALEZAS DEL CALLAO EL 4 DE FEBRERO DE 1824.Chile: Imprenta Nacional, 1924.

MITRE, Bartolomé. Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana. Editorial TOR. Vol. II, 1950.

PAZ SOLDAN, Mariano Felipe. Historia del Perú Independiente, Segundo periodo (1822 – 1826). En: "El Perú y su Independencia (Antología), Vol. III, periodo 1823-1826, Bolívar. Lima, 1974.

PEREYRA PLASENCIA, Hugo. La campaña libertadora de Junín y Ayacucho. Lima: Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1975.

RADA Y PAZ SOLDÁN, Pedro. Monografía de la batalla de Junín. Lima: Minerva, 1926.

REGAL, Alberto. Historia del Real Felipe del Callao. Imprenta del Colegio Leoncio Prado, Lima 1962.

RODIL, José Ramón. Memoria del sitio del Callao. 1era. Edición. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955.

ROMERO, Fernando. Lo que vio el Real Felipe. Callao, 1936.
SALAZAR BONDY, Sebastián. Rodil. Lima: Tipografía peruana, 1952.

VARGAS, Nemesio. Historia del Perú Independiente. Lima: Imp. de la Escuela de Ingenieros por Julio Mesinas. T. I, 1903.

Historia del Perú Independiente. Lima: Imp. de "La Abeja". T.II, 1906.

Historia del Perú Independiente. Lima: Imp. de "El Lucero". T. III, 1908.

VILAR, Pierre. Historia de España. Editorial Crítica, 1983.

Christian Rodríguez Aldana, *es Bachiller en Historia por la Universidad Nacional de San Marcos. Ha publicado en el 2005. "Elia Lazarte Ching y el Archivo Histórico Militar" y en el espacio virtual El Reportero de la Historia la entrevista titulada: "Diálogos en la Historia con Heraclio Bonilla" en octubre del 2010. Ha realizado diversas investigaciones vinculadas al proceso de la independencia y se encuentra preparando sus tesis de licenciatura sobre el tema de las resistencias españolas.*